

el púlpito un mérito glorioso ser anatematizado por defender causas justas, estaba Lutero ya en camino de separarse de la iglesia visible para entrar en la invisible.

Obedecer á la citacion á Roma habria sido buscar una muerte segura, y Lutero, que desde un principio habia procurado no mezclar en su contienda á su soberano, consultó y solicitó la intervencion del príncipe elector, Federico el Sabio, para que pudiese dar sus descargos en Alemania, á cuyo fin quiso que el elector le prohibiese por órden escrita ir á Roma; pero el elector no accedió á este deseo y se limitó á convenir con el legado Cayetano, que se hallaba en Augsburgo, en que por lo pronto fuera oído Lutero allí pero que no se le obligase á destituirle. Segun dice el mismo Lutero, no lo hizo, no por la persona de éste, ni por la causa que se ventilaba, sino por la honra de la universidad que habia fundado. Siendo aquel príncipe gran aficionado á coleccionar reliquias de santos, estaba muy léjos de participar de las opiniones y doctrinas de Lutero, pero como doctor «singular» le consideraba una alhaja universitaria y el modo de proceder de Roma le pareció como un desprecio de su universidad, cuyo profesorado, orgullo del elector, era favorable á Lutero, el cual estaba acusado pero no convicto. Quizás tambien acordóse Federico de las tradiciones de su casa, que desde mediados del siglo xv habia sabido mantener su independencia enfrente de la curia romana. El obispo de Brandeburgo dijo con razon que el verdadero apoyo de Lutero eran la universidad y el príncipe elector.

El emperador Maximiliano, que trabajaba por atraerse el apoyo del Papa para dar á su nieto la sucesion de la corona imperial, se habia pronunciado ya en agosto contra Lutero, lo cual, sin embargo, no le impidió recomendar al príncipe elector que conservara á aquel fraile por si acaso pudiera ser útil algun dia.

Para Lutero fué una circunstancia favorable que inmediatamente antes de su llegada á Augsburgo y con la cooperacion del elector de Sajonia se manifestara allí de nuevo y mas fuertemente que nunca la indignacion nacional contra el diezmo impuesto para la cruzada contra los turcos. La exposicion de quejas del obispo de Lieja, que por lo mismo fué considerado en adelante en Roma como otro protector de Lutero, habia impresionado vivamente á los demás miembros del imperio, revelándoles en toda su fealdad la que llamaban «pillería papal.» Hutten, entonces todavia servidor devoto del arzobispo de Maguncia, desprecia la contienda sobre las indulgencias y maldice á los dos partidos, pero en uno de sus mejores diálogos hizo blanco de sus burlas al orgulloso y presumido legado papal.

Lutero se sintió por primera vez ofendido como alemán por la rudeza con que los italianos hablaban de la inferioridad de los alemanes, y leyó con afán el folleto de Federico Fischer, canónigo de Wurzburg, sobre las supercherías de Leon X y de su familia. En esta disposicion llegó el 7 de octubre á Augsburgo, donde estaban frente á frente la pretension arrogante de Roma y la indignacion alemana. En todo el camino no pudo desechar la idea de que iba á encontrar una muerte ignominiosa. Fué recibido por Peutingen y otros varones notables con mucha amabilidad, y en 12 de octubre, con un salvo-conducto del emperador en el bolsillo, se presentó al enviado del Papa.

La recepcion fué por demás amable, pero no hubo la explicacion justificativa que Lutero habia esperado, porque como ya le habia hecho avisar el cardenal, no habia inteligencia posible sin la previa retractacion (*revoco*). El legado papal, Tomás de Vio, natural de Gaeta, por cuyo motivo se llamaba Cayetano, hombre de pequeña estatura, canonista y escolástico erudito y admirador fanático de Santo Tomás de Aquino,

su patrono y el de la orden de Santo Domingo, de la cual era general, tuvo que oír á pesar de su resolucion contraria los argumentos del obstinado fraile alemán, que provocaron sonrisas maliciosas á los italianos presentes y al fin hicieron perder los estribos al cardenal. Empezó á gritar y Lutero á su vez levantó la voz, diciendo que los alemanes sabian tambien gramática. En vano ofreció despues de la entrevista en una protesta firmada someter su causa á las facultades de Basilea, Friburgo, Lovaina y Paris; en vano trató tambien de sotener en un segundo escrito su opinion respecto de la justificacion por la fe, con la súplica dirigida al Papa de que no tuviese la crueldad de «arrojar á las tinieblas un alma que solo buscaba la luz de la verdad.» El cardenal cerró las discusiones en 14 de octubre con el ultimatum de que Lutero se retractase ó no volviera á presentarse delante de él. Aquel dia escribió Lutero á Spalantino que no retiraria ni una palabra de lo dicho. Habiendo el cardenal pronunciado la frase amenazadora de que tenia poderes del Papa para excomulgar á Lutero y á sus protectores, y habiendo corrido la voz de que el general de los agustinos habia recibido órden de poner preso á Lutero, éste, despues de haber partido Staupitz y Link, juzgó prudente huir de Augsburgo en la noche del 20 de octubre dejando escrita una apelacion al pontífice, diciendo que apelaba del Papa mal informado al Papa mejor informado. En la carta de despedida que dirigió al cardenal repitió la afirmacion que anteriormente habia hecho en un sermón, de que el anatema en lugar de perjudicar era útil al defensor de la verdad.

En el camino recibió de Spalantino copia de un breve papal fechado en 23 de agosto, que encargaba al legado que hiciese comparecer ante sí y pusiera preso á Martin Lutero, declarado hereje; y en el caso de no comparecencia de Lutero, encargaba á todas las autoridades civiles y eclesiásticas del imperio, exceptuando al emperador, que procedieran á su prision so pena de excomunion y pérdida de feudos. Lutero creyó apócrifo el tal breve porque prescindia de la causa incoada; pero está fuera de duda que el legado estaba autorizado en este sentido y si no hizo uso del breve fué probablemente por consideracion al príncipe elector Federico y á la disposicion peligrosa dominante en Alemania. Por lo demás la curia romana creía que siendo cosa tan patente y manifiesta la herejía podia procederse sin observar mas formalidades, y el legado por su parte habia instado por la condenacion de Lutero; mas en aquellos momentos el gobierno pontificio tenia la atencion fija en la eleccion del sucesor presunto del emperador, el titulado rey de Romanos, eleccion que le importaba mas que la herejía del fraile de Wittenberg. El cardenal Médicis escribió en febrero de 1519 á Cayetano respecto de esta eleccion: «Difícilmente habrá actualmente otra cuestion mas importante, y ninguna en la cual V. E. pudiera prestar un servicio mayor á la Iglesia y á Su Santidad.» Así fué que ni la actitud del elector de Sajonia en el parlamento del imperio, ni el asunto de Lutero, fueron bastantes para que el Papa disgustase al elector Federico, á quien justamente entonces trataba de presentar y apoyar como candidato á la corona de Alemania, y á quien pensaba enviar la rosa de oro, distincion aplazada solamente por la conducta «brutal» del príncipe, hasta que en diciembre (1518) se le presentó solemnemente el camarlengo papal, Carlos de Miltitz, enviado expresamente con esta mision desde Roma á Alemania. Este personaje, segun voces que resultaron ciertas, tenia poderes en forma de breves para proceder contra Lutero, «hijo de Satanás.»

El elector Federico vaciló algun tiempo en resolver si debia facilitar á su protegido la traslacion á otra parte, donde estuviera al abrigo del peligro que le amenazaba. Lutero

pensó pasar á Francia, y varios de sus amigos tuvieron entonces la idea, que mas tarde se realizó, que su soberano, el elector, pusiera á Lutero oculto en lugar seguro. Federico el Sabio contestó al legado, cuando éste le pidió en términos decisivos que le entregara ó por lo menos expulsara de su territorio á Lutero, que procedería segun le pareciera bien y que no admitia ingerencia extranjera en su gobierno; pero Lutero dificultó la posicion de su soberano publicando las discusiones de Augsburgo juntamente con el breve mencionado del Papa y su apelacion á un concilio general.

Por un momento pareció que la habilidad cortesana y el tono alemán benévolo que adoptó Miltitz habian casi alcanzado lo que no habia logrado el erudito cardenal con su presuncion y petulancia de romano. A Cayetano causaba una impresion siniestra el fraile de Wittenberg, con sus ojos pequeños y hundidos y sus ideas singulares; pero Miltitz abrió con chistes la conversacion con Lutero cuando tuvo con él en enero de 1519 una entrevista en Altenburgo, que acabó, segun dice Lutero, con un beso de Judas. Miltitz evidentemente se habia convencido de la imposibilidad de cumplir su encargo, que por cierto no consistia en lograr una composicion. Sin embargo, su amabilidad calculada, que supo sazonar con algunas expresiones acres contra los mercaderes de indulgencias y hasta con alguna prudente crítica del proceder del cardenal legado, le habia ganado ya en el camino las simpatías de algun partidario de Lutero y hasta logró de este último que escribiera en tono muy humilde al Papa, que publicara un escrito recomendando la obediencia á la Iglesia católica romana, y que se declarara conforme con someter su causa al informe de un prelado alemán, el arzobispo de Tréveris, y con la abstencion de ambas partes de toda discusion; si bien estaba persuadido, por supuesto, de que nunca se retractaria como Miltitz esperaba y que sus adversarios no callarian.

Lo importante fué que Lutero se habia ido penetrando mas y mas de la magnitud de la contienda y de la ruindad de sus adversarios, cuya exacerbacion era para él una prueba de la justicia de su causa propia. Verdad es que empezó la carta que habia prometido dirigir á Leon X y que lleva la fecha del 3 de marzo de 1519, calificándose de «hez de la humanidad y misero polvo de la tierra» y haciendo alarde de su lealtad para con la iglesia romana; pero tambien es cierto que de esta Iglesia habia salido ya, aunque le repugnaba todavia por piadosa rutina confesárselo; porque al decir que la curia romana era peor que los turcos, al comparar la Roma papal con Jerusalem asesina de los profetas, con la Babilonia teñida de sangre y con la bestia del Apocalipsis, debia creer forzosamente tambien que el Papa era el Anticristo, conforme, en efecto, dijeren confianza en marzo de 1519 á Spalantino, cabalmente cuando acababa de escribir aquella carta á Leon X. Todo esto prueba que Lutero se hallaba en un período de transicion que no podia durar y del cual le sacó Juan Eck, que con su ya célebre «Nueva Teología» quiso añadir un nuevo triunfo, derrotando á Lutero en pública discusion, á los triunfos obtenidos anteriormente en otras discusiones públicas en Viena y Bolonia.

Hacia tiempo que Lutero habia deseado explicarse en público haciendo pasar sus opiniones por el crisol de la discusion, convencido de que haria brillar así la verdad, y á la sazón se le presentó la ocasion de defender sus creencias contra un adversario de fama europea. Resbaladizo era el terreno para un campeón de buena fe que tenia por contrario á un maestro de la palabra, conforme le habia enseñado ya una discusion entre Carlstadt y Eck en Leipzig, de la cual el primero salió bastante mal parado por la habilidad del segundo.

A fines de junio de 1519 tuvo efecto en Leipzig la discusion entre Lutero y Eck, «los dos hijos de labradores, que representaban —dice Ranke— dos opiniones y tendencias que hoy como entonces tienen dividido el mundo en dos campos opuestos; y del resultado de la lucha dependió en gran parte la situacion futura de la Iglesia y del Estado.» Eck, ó sea Juan Mayr, natural de Eck en Suabia, habia entrado en la universidad, gracias á su inteligencia precoz, cuando todavia no habia cumplido doce años. Su erudicion era notable y sólida, y su habilidad y destreza en la discusion eran temibles. Entre sus trabajos científicos no era el menor la mejora en sentido moderno que introdujo en la enseñanza de la filosofia siendo catedrático en la universidad de Ingolstadt. Era, en una palabra, un adalid nada despreciable de la Iglesia dominante, y fácil le fué la victoria en la discusion que tuvo en Leipzig con Carlstadt; pero mas dura fué la batalla que le presentó en 4 de junio Martin Lutero, corporalmente flaco y descarnado, pero lleno de vida y de fuego. La discusion giró sobre el derecho divino del pontificado, la columna maestra del gran edificio clerical. Lutero habia declarado previamente á Cristo única cabeza de la iglesia católica, pues que la supremacia del Papa databa en su opinion solo de unos 400 años atrás, y en la discusion se basó sobre la historia y sobre el hecho de la existencia de la iglesia cristiana griega y, sin embargo, independiente del Papa. Era este ya un principio de historia crítica, segun ha observado Gass, y que extendiéndose y derribando hechos admitidos como históricos y poniendo en duda otros, dejó al tiempo el cuidado de ponerlos en claro. Eck, que habia declarado herejes á los griegos cismáticos, con algunas excepciones, al verse comprometido, demostró la concordancia de las doctrinas de Lutero con las de los valdenses, de Wicleff y de Hus, condenadas por el concilio de Constanza. Con esto puso á Lutero en la alternativa de declararse vencido ó arrostrar el poder inmenso de la Iglesia, de la rutina religiosa y de las preocupaciones nacionales de toda la Alemania, que recordaba con odio inextinguible á los feroces herejes husitas y con orgullo el concilio de reforma celebrado en territorio alemán. Lutero no pudo negar, si bien rechazó con indignacion toda comunidad y simpatía con los husitas, que entre los artículos de la doctrina de Hus habia muchos muy cristianos y evangélicos. Al oír esto, el duque Jorge lanzó una maldicion enérgica que todos oyeron, pero lo dicho quedó dicho; Lutero se espantó de su propio atrevimiento, buscó salida, y no encontrándola, dijo finalmente que ningun concilio era infalible y que solo lo era la Sagrada Escritura. El hábil Eck quedó vencedor, pero sin sospecharlo, su habilidad sirvió para revelar á su contrincante derrotado el blanco á donde le conducian toda su vida y su desarrollo moral é intelectual: este blanco era la ruptura con Roma.

La conviccion de su mision dió á Lutero la seguridad necesaria para continuar en la senda emprendida, á semejanza del caballero armado de Alberto Durero, que penetra en un bosque de aspecto siniestro. En medio de su despecho por su derrota en la discusion y de las interminables controversias que fueron el obligado epílogo, en las cuales desahogó Lutero toda su rudeza y violencia, criticadas ya por muchos de sus amigos, el espectro de la herejía husita, que sus adversarios habian evocado contra él, perdió gradualmente su aspecto terrorífico cuanto mas reflexionaba. Los husitas utraquistas ó calixtinos le celebraron como «otro Hus sajón» y le regalaron el tratado de Hus sobre la Iglesia. Lutero lo leyó, y su lectura le convenció, como confesó á su amigo Spalantino, que sin saberlo habia enseñado desde mucho tiempo las doctrinas del célebre heresiarca de Bohemia, y añadió: «Todos somos husitas sin saberlo, y hasta lo son San

Pablo y San Agustín. Me quedo aturrido al pensar que hace mas de un siglo que Dios permitió fuese reducida á cenizas y condenada la verdad evangélica tan patente.» Entonces pidió en un escrito la introducción de la comunión en ambas especies, lo que dió á sus enemigos nuevas armas contra él, y hasta propalaron la especie de que descendía de husitas y que había sido educado en Bohemia. El obispo de Meissen fué el primero entre los prelados alemanes que con motivo de este escrito se pronunció contra Lutero, el cual contestó con una grosería indescriptible bajo el pretexto de que el obispo no podía haber escrito una cosa tan torpe. A



1526
VIVENTIS POTVIT DVRETERVS ORA PHILIPPI
NON POTVIT PINGERE DOCTA
MANVS
M

Melancthon

Facsimile de un grabado en cobre de Alberto Durero

Era de esperar que el humanismo hiciera suya la causa de Lutero; defendiéndola, se encontraban los belicosos varones del grupo de Reuchlin frente á frente con sus adversarios de siempre, ocupados en perseguir la nueva idea; y por otra parte les parecía que el objeto del fogoso teólogo de Wittenberg no era sino hacer triunfar aquella filosofía de Cristo cuyo triunfo sobre todas las argucias y exterioridades había anunciado y preparado hacia tiempo el gran Erasmo. El abandono de la escolástica y la vuelta á la Sagrada Escritura, los ataques enérgicos á los repugnantes abusos de los eclesiásticos, la defensa varonil del derecho á tener convicciones propias, todo esto había de ser forzosamente simpático á los humanistas, y quién sabe si vagamente sentían cierto bochorno de que ninguno de ellos hubiera salido todavía á la defensa de la libertad individual frente á la autoridad tan heroicamente como aquel fraile? Habiendo aprendido todas las ramas humanistas en la contienda de Reuchlin á considerarse solidarias, nadie sospechaba entonces todavía el peligro que encer-

Spalatino, que le recomendó mas mesura, escribió en febrero de 1520: «De una espada no harás nunca una pluma. La palabra de Dios es la guerra, destrucción, escándalo y veneno; se presenta, como dice el profeta Amós, á los hijos de Efraim en el camino como un león y en la selva como una leona.» Cada día se convenció mas de la necesidad de una gran revolución, del juicio de Dios, que entonces se creía próximo. Las ideas revolucionarias que poseían los ánimos en aquella época, y principalmente en Alemania, hicieron revolucionario á Lutero, el cual se dejó arrastrar por un movimiento poderoso que nada tenía que ver con el Evangelio.

raba la unión estrecha entre la civilización moderna del Renacimiento y las cuestiones religiosas, y los humanistas al patrocinar la «teología purificada» creían obtener una aliada de toda confianza.

Lutero tenía ya relaciones personales con el grupo humanista de Erfurt, cuyo jefe, Muciano, había señalado en el año 1515 á Lutero como predicador original; pero donde Lutero encontró mayores simpatías fué entre los humanistas de Nuremberg, en cuya ciudad se concentraba entonces la vida intelectual mas brillante de Alemania. Allí se apreciaban y fomentaban en la clase distinguida é instruida, al lado de las artes y las ciencias, los movimientos religiosos. Ya hemos indicado la idea que Pirkheimer, el admirador de Platon, se había formado de la teología del porvenir. Se dejó influir por la corriente, y de su autor favorito Luciano pasó á estudiar las obras de los Padres de la Iglesia, y grande fué su veneración por su hermana devotísima y erudita la abadesa Caridad. El grupo de Staupitz, despues de perder á este jefe,

admirado y venerado como un padre por sus adeptos, se convirtió en verdadero plantel de reformistas en virtud del culto de San Agustín, que despues de Staupitz supo mantener vivo otro fraile agustino llamado Wenceslao. Los escritos de Lutero conquistaron el ánimo de varones influyentes, á pesar de no ser este círculo de inteligencias cultas de Nuremberg el círculo de Lutero. El propagador de los escritos de éste fué el profesor de derecho Cristóbal Scheurl, que había sido catedrático en Wittenberg, hombre entusiasta y activo que hasta consiguió establecer entre Lutero y Eck relaciones de amistad, si bien de corta duración. Fué este Scheurl el que con mas ardor transformó el grupo de Staupitz en partidario de Lutero, cuya causa proclamó como la causa de Dios y de todos. En sus cartas se refleja por lo mismo la opinión dominante en favor de la reforma mejor que en ningún otro testimonio. En 18 de febrero de 1519 escribió á su amigo Eck: «Te atraerás todas las antipatías y el odio de los partidarios de Erasmo, de Reuchlin, de todos los amigos de la literatura clásica y de los teólogos modernos. Ultimamente he recorrido algunos obispados importantes y en todas partes he encontrado muchos y respetables partidarios de Lutero. Sorprendente es la simpatía que este hombre encuentra en el clero, que sin vacilaciones y á bandadas como las de los grajos se agrupa en torno suyo, deseándole el mejor éxito.» Hay que tener presente para comprender lo dicho por Scheurl que el contingente mayor del humanismo le daba el clero, y que la mayor parte de los humanistas mas moderados participaba del entusiasmo y veneración que los mas avanzados sentían por Erasmo y sus tendencias religiosas. Así el venerable Wimpfeling, que se había mantenido alejado hasta de la contienda de Reuchlin, y su amigo Cristóbal de Utenheim, obispo de Basilea, se lisonjaban con la esperanza de ver cumplido su antiguo deseo de una reforma de la Iglesia dentro de la Iglesia misma, cuando apareció Lutero en la escena. Ulrich Zasius, profesor de jurisprudencia en la universidad de Friburgo, y cuyas opiniones ortodoxas eran conocidas, miró cuanto de Lutero procedía con tanto respeto «como si procediera de un ángel.» y todavía en setiembre de 1520, no obstante haberle advertido amistosamente que sus ataques á la autoridad papal excedían los límites de lo permitido, le llamaba «el Fénix entre los teólogos,» la «joya del mundo cristiano» é instrumento de Dios, y decía que preferiría pasar la mayor pobreza á vivir sin haber conocido los escritos de Lutero.

Los amigos mas íntimos de Lutero le habían advertido, como Zasius, que convenía dominarse y expresarse con mas cautela; solo los que patrocinaban y defendían el tráfico de indulgencias, los «tetzelianos,» ó sea los despreciadores de las artes y ciencias, como dijo Spalatino, se atrevían á calificarle de hereje. Donde mas entusiasmo excitó Lutero fué, como ya hemos dicho, en los círculos ilustrados de Nuremberg. Uno de los primeros dignatarios de la ciudad, Gaspar Nutzel, tradujo las tesis de Lutero en alemán, y Alberto Durero prestó su arte para mostrar su admiración al reformador. El apoyo de sus admiradores de Nuremberg fué muy valioso para Lutero en su controversia con Eck. El secretario del municipio, Lázaro Spengler, demostró en un «Discurso de defensa por un amante de la verdad divina,» el efecto inmenso que la doctrina de Lutero había producido en las conciencias angustiadas por los predicadores de fábulas. Decía que ya las conciencias habían salido de su desesperación y sido conducidas al amor de Dios. Pirkheimer publicó contra Eck, el «sofista de Ingolstadt,» una sátira sangrienta, en la cual en latín elegante pero con la mayor grosería genuinamente alemana trató á Eck de vanidoso, sumido en el pantano escolástico y en los placeres materiales. Mas exasperó á Eck un

pequeño escrito del predicador Ecolampadio (1), entonces todavía, y no obstante su amistad con Erasmo, tan buen católico y ortodoxo que poco tiempo despues entró en un convento cerca de Augsburgo, si bien lo abandonó luego. Ecolampadio calificó á Eck de simple envidioso y su fama pura superchería.

Pronto se extendió el movimiento entre los literatos y doctos mas allá de las fronteras de Alemania. Antes de la discusión pública entre Lutero y Eck, había publicado los escritos del primero el célebre impresor Frobenio de Basilea, desde donde estas obras encontraron pronto el camino de Francia, Países-Bajos, Inglaterra y hasta de Italia y de España. En París fueron leídas con gran aplauso; el célebre Lefèvre envió al autor afectuosos saludos, y el cardenal Schinner de Sitten, hijo de Suiza, guerrero y diplomático como tantos otros prelados de aquella época, dijo en sus conversaciones íntimas que Lutero hacía honor á su nombre (2) y que cuan-



Ulrico de Hutten

Facsimile de un grabado en madera del libro: *Vitrici ab Hutten cum Erasmo expostulatio*. 1523

to escribía era la pura verdad, contra la cual nada valía la habilidad retórica y dialéctica de Eck.

Lutero no podía rechazar el concurso de la aristocracia de la inteligencia. El humanismo y la teología, que en Alemania iban unidos, encontraron entonces en Wittenberg un representante notable en la persona del joven Melancthon, cuya instrucción vasta y clarísimo criterio formaban singular contraste con sus pocos años. Era natural de Bretten ó Bretheim en el gran ducado de Baden, donde nació en 1497. Sus nombres verdaderos eran Felipe Schwarzerd, y era pariente de Reuchlin. Fué llamado en el verano de 1518 á desempeñar la cátedra de griego en la universidad de Wittenberg, donde explicó á Homero y la Epístola á Tito. Lutero, reconociendo francamente la superioridad científica de aquel talento precoz, trabó amistad con el nuevo y joven colega y escribió en diciembre del mismo año (1518) una carta respetuosa á Reuchlin, el cual no contestó, impedido por los años y por el pesar que le causaba la lucha que acababa de estallar en la Iglesia, lucha que le obligó á cortar sus relaciones con Melancthon.

Mas importante fué el hecho de haber entrado Lutero en correspondencia con Erasmo, no obstante el abismo que le separaba, conforme sabía muy bien, de la teología «demasiado humana» del célebre humanista. A pesar de esta convicción, escribió en 28 de marzo de 1519 declarándose, como innumerables otros hombres notables, admirador devoto del célebre astro de la ciencia, diciendo entre otras cosas: «¿Dón-

(1) Sus verdaderos nombres eran Juan Hussgen. Era natural de Weinsberg en Wurtemberg. Nació en 1482 y murió en 1531 en Basilea. (N. del T.)

(2) Luther significa, en el alemán de entonces, claro y puro; hoy se dice *lauter*.

de existe el hombre cuya alma no llene completamente Erasmo, que no aprenda de Erasmo, que no esté dominado por Erasmo? Hablo, al decir esto, de los que aman las ciencias de veras.»

En estos términos humildes se acercó al grande é ilustre ingenio el rudo y bárbaro hermano en Cristo, el autor toscó de las «Bufonadas de Indulgencias» y de otros escritos menores.

Ya hacia tiempo que se esperaba con curiosidad suma el juicio de Erasmo respecto de Lutero; pero aquella lumbrera hizo grandes aunque inútiles esfuerzos por mantenerse fuera y por encima de los partidos, y aunque no se cansaba de decir que apenas había leído una docena de páginas de los escritos de Lutero, se le deslizaron en sus cartas expresiones favorables al reformador, sin contar que toda la cohorte de sus contrarios y una gran parte de sus partidarios mas fieles le equiparaban afanosos con Lutero. No se ocultó á Erasmo la importancia de la aparición de Lutero y observó que desde siglos ningún hombre había sido saludado con igual entusiasmo como salvador deseado; pero al mismo tiempo conoció, como Lutero, el gran contraste que ofrecían sus respectivos caracteres, pues en las primeras líneas que de los escritos de Lutero leyó, descubrió lo que mas le había espantado siempre, el «tumulto» como lo llamaba, es decir, el alboroto y las pendencias. Por este temor había tenido cuidado de no verse mezclado en la contienda de Reuchlin, con cuyas ideas coincidía en algunos puntos, y á la sazón se vieron él y Reuchlin confundidos con un hombre que carecía de toda cultura humanista. La circunstancia de tener los tres por adversarios á los hombres oscuros, le pareció efecto de una casualidad. No manifestó esta opinion respecto de Lutero sino cuando la ruptura de éste con Roma fué un hecho definitivo, si bien jamás había ocultado su aversión á la violencia y brutal rudeza de Lutero, aun haciéndole justicia bajo otros aspectos. Esta conducta observó cuando contestó á su carta, y en su correspondencia con Juan Lang, Justo Jonas, Melancton, el elector Federico de Sajonia, Alberto de Maguncia y el cardenal Wolsey, en los años 1518 y 1519; y hasta recordó una vez á Lutero que los mismos apóstoles no habían procedido con precipitación y que San Pablo se había valido de la maña y de rodeos para conseguir su objeto. «Ya veo, escribió en noviembre de 1518 á Juan Lang, que la autoridad monárquica del Sumo Pontífice es en su forma actual la peste (calamidad) del cristianismo, pero dudo que sea prudente tocar públicamente á esta llaga.» Ya sabemos que el ideal de Erasmo era la reforma pacífica de la Iglesia, ya fuese con la anuencia de los poderes existentes, ya por lo menos sin su oposicion; pero tampoco anduvieron desacertados sus adversarios monásticos al acusarle de ser el primer autor de la revolucion en la Iglesia, pues nadie había socavado con mas éxito la autoridad clerical que él, y esto sin querer derrumbarla (1). Con gran pesar se fué convenciendo de que un genio alemán rudo pero recto se había apoderado de su obra, «pero que no podía manifestarse en público ni con seguridad simpatía á Lutero.» Así se expresó en una carta que escribió á Jonas. A Lutero escribió que en su opinion era mas conforme al espíritu de Cristo tratar con la mayor prudencia tanto á los potentados como las cuestiones discutibles. La opinion de Lutero era enteramente opuesta, pues según él el Evangelio había de ser la piedra de toque del mundo, y por esto en una polémica que publicó en 1520 comparó á Erasmo con un carnero enredado por los cuernos en un zarzal. A pesar de todo, la opinion favorable de Erasmo, aunque

(1) Los que socavaron en realidad la autoridad del clero fueron la curia y el clero mismo, no los que expusieron la situación que se había creado. (N. del T.)

condicional y fria, era una ventaja nada despreciable para la obra de la reforma en sus comienzos, y hay que tener tambien presente que Erasmo, fiel á sus principios, vituperó siempre con decision y energía los procedimientos despóticos y brutales de la corte romana y de sus torpes defensores. En sus últimos años Erasmo, al ver la actitud poco tranquilizadora que adoptaron muchos de sus admiradores alemanes mas jóvenes, presintió que su jefatura en las luchas literarias y en general en el humanismo declinaba rápidamente á su ocaso.

Entonces volvió á hablar Lutero de Erasmo con grandísimo respeto, admirando la habilidad con que aquel varon erudito y diplomático sabia protegerle sin que se notase. No fueron tan discretos los humanistas de Erfurt, no obstante el culto que tributaban á Erasmo, dirigidos por Muciano; porque tan pronto como aquel, su maestro, hubo dejado adivinar su opinion respecto de la obra de Lutero, se pusieron tambien del lado del reformador. Obedeciendo á la influencia de Erasmo los humanistas de Erfurt, y dejando la antigüedad clásica en los estudios teológicos, se lanzaron á tratar sobre la «filosofía de Cristo», mientras aquella universidad se estaba reformando en sentido humanista. Eobano Hessus, llamado el rey de los poetas, bebedor impertérrito, explicó en su cátedra el «Puñal del soldado cristiano», y su colega, Justo Jonas, cuyos verdaderos nombres eran Jacobo Koch, nacido en 1493 en Nordhausen, y cuyos estudios de griego nada tuvieron que ver con la Grecia antigua, explicó las epístolas de San Pablo á los corintios, mientras Eurico Cordo, satírico y médico notable, trataba del Nuevo Testamento.

Estos nuevos teólogos no tardaron en tener en Lutero un rival temible, y celebrado unas veces como otro apóstol Pablo y otras como Hércules ó Aquiles.

Por aquel tiempo reanudó sus interrumpidas relaciones con Lutero un antiguo profesor de Erfurt, Juan Croto Rubiano, residente á la sazón en Roma, observador hábil y práctico, que propagó secretamente allí los escritos de Lutero, é indagando con cautela el juicio que merecían del clero, supo que los unos, muy tranquilos, confesaban que Lutero tenía perfecta razon, pero que no convenia decirlo para no dar lugar á una conmocion peligrosísima de lo existente; mientras otros se atendien á la infalibilidad de la autoridad papal. Es decir que según este observador, ni el Papa ni sus «buitres» ni nadie en aquel «emporio pestilente» abrigaban el menor recelo de lo que podia resultar del movimiento iniciado por Lutero. Rubiano, indignado del yugo romano ignominioso que pesaba sobre Alemania, escribió que debía honrarse á Lutero con una estatua de oro y solemnes fiestas por haberse atrevido el primero á sacar á su pueblo del error.

Cuando regresó á su país, en la primavera del año 1520, quiso la suerte que se encontrara sin pensarlo con su antiguo amigo Ulrico de Hutten, y á consecuencia de este encuentro escribió Ulrico, en 4 de junio del mismo año, su primera carta á Lutero, el cual desde entonces empezó á comprender que tenía una patria y á odiar en los enemigos suyos no solamente á los enemigos de Dios sino tambien á los de Alemania.

En aquel período primero del movimiento de reforma nadie influyó tanto en Lutero como Ulrico de Hutten, el caballero-poeta de Franconia, que á su vez llegó á desplegar toda su grandeza indómita en la lucha formidable por los bienes mas preciosos de la humanidad. En Hutten estaban personificadas la tendencia anti-clerical del humanismo y la desenfrenada independencia de la nobleza de horca y cuchillo de Alemania. Fué un capricho singular del destino ver á Lutero, hijo de labradores siervos y humildes, impulsado

por los sucesos, al lado de un campeón de los fueros de la insolente y despótica nobleza, que como veremos aun mas adelante, descontenta por muchos motivos de la situación social y política, deseaba ardientemente un cambio radical y llegó á ser un gran elemento revolucionario. Por otra parte impedían la realización de sus deseos su propia barbarie, su desenfreno indómito y su soberbia, que no reconocía mas ley que la de cada individuo. Así su lucha contra los príncipes soberanos, si algo de grande tuvo, lo debió á la circunstancia de coincidir con la reforma religiosa y de haber sido su paladin mas notable por su talento Ulrico de Hutten (1).

Nacido el 21 de abril de 1488 de padres nobles pero pobres en el castillo de Steckelburg, en Franconia, tuvo que pasar por muchas vicisitudes antes de figurar en las primeras filas de sus ingobernables é insolentes compañeros de clase. De constitucion débil cuando niño, le destinaron sus padres, no obstante ser el primogénito, á la carrera eclesiástica y le hicieron entrar en el convento de Fulda sin curarse de sus disposiciones, que por cierto no le inclinaban á ser fraile, y así evadió antes de hacer los votos en 1505, según se dijo con el auxilio del ya citado humanista de Erfurt Croto Rubiano. Su padre, indignado, no quiso perdonarle y el joven Ulrico privado de todo recurso, proteccion y direccion entró en una vida de aventuras. Anduvo de una parte á otra, mendigando su sustento á las puertas de los labradores, durmiendo no pocas veces al aire libre, encontrando otras veces protectores ricos que le mantuvieron y vistieron, cayendo otras veces en manos de salteadores que le dejaron en cueros; y lo peor fué que muy temprano contrajo una horrible enfermedad sífilítica que al cabo de años le llevó miserablemente al sepulcro. Así visitó sucesivamente las universidades de Colonia, Erfurt, Francfort del Oder, Leipzig, Greifswald, Rostock, Wittenberg y Viena, siendo alumno de las musas y concentrándose toda su ambicion en alcanzar la corona de laurel destinada á los poetas, sin por esto olvidar nunca, á pesar de todas las miserias y humillaciones, que pertenecía á la clase noble. A este sentimiento se agregó el del patriotismo alemán que adquirió entre los humanistas y que pareció gradualmente dominar todos los demás sentimientos. Este patriotismo ha ennoblecido la figura de Hutten y hace olvidar en parte las manchas, hijas de su carácter fogoso y dominado por las pasiones, que empañan su memoria. Desde su primera estancia en Italia en 1512 y 1513, y viéndose obligado por la miseria á servir como mercenario bajo las banderas de Maximiliano, empezó á reflexionar sobre la miserable situación política de Alemania. Otros humanistas lamentaban la impotencia vergonzosa del imperio alemán y atacaban la corrupcion y materialización del papado, pero pocos le arrojaron flechas tan agudas como Hutten y ninguno defendió como él y con tanta actividad la causa de Alemania.

Su padre había deseado, ya que Ulrico no valía para la carrera eclesiástica, que se dedicara al estudio de las leyes, carrera admitida poco hacia, además de la eclesiástica, como no indigna de un noble, pero Hutten se había entregado á la poesía, aunque mirada entonces en Alemania como ocupacion indigna de un caballero (2). Fuera de esto no desmintió Hutten jamás su cualidad de noble alemán; como tal peleó en Viterbo contra cinco franceses que se burlaban del emperador; como noble odiaba á los príncipes que avasallaban á los nobles de su territorio, y se puso á la cabeza de

(1) Hay que decir tambien que la salvacion del reformador y la propagacion de su reforma se debieron en parte á la ambicion y codicia de la nobleza. (N. del T.)

(2) Por rozarse en la mente de la nobleza de entonces, y aun de siglos despues, el oficio de músico ambulante con algo de criado bufon. (N. del T.)

los que expulsaron de su país al duque Ulrico de Wurtemberg, asesino de su primo Juan de Hutten, como queda referido en otro lugar; pero como poeta hizo la corte al elector arzobispo de Maguncia, Alberto de Brandeburgo, á cuyo servicio entró despues de haber recibido en 1517 de manos de Maximiliano la corona de laurel. Entonces pareció que su genio movible é incansable, como él mismo decia, iba á disfrutar de tranquilidad duradera. Cortesano ya de un príncipe, dominó hasta su aversión á los franceses y pasó con una mision diplomática de su amo á la corte del rey Francisco I. Nunca, sin embargo, ni cuando estuvo al servicio del arzobispo de Maguncia, depuso su odio á Roma (3). Desde que en 1513 había dicho en sus epigramas contra el papa Julio II que el trabajo de este Papa era mortífero, su recreo el libertinaje y su persona la peste del género humano, solo escribió veneno cuando trataba de Roma y del papado. En 1517 publicó la obra de Lorenzo Valla (4) que ataca en sus cimientos el poder temporal de los papas. Este odio de Hutten al papado no reconocia absolutamente ningún motivo religioso, y si á algo quiere atribuirse ha de ser al cultivo de las humanidades y al antagonismo ó desprecio nacional, porque ni siquiera del platonismo religioso de otros humanistas de aquel tiempo se encuentra la menor huella en los escritos de Hutten. Por su carácter estaba Hutten interiormente mas distante de Lutero que toda la cohorte de los poetas alemanes. Esto explica el desprecio con que miró todavía durante el parlamento de Augsburgo (5) la causa de Lutero, no obstante su indignacion por las exigencias pecuniarias de Roma y su aversión al legado papal, el cardenal Cayetano. El asunto de Lutero le parecia una disputa de frailes y teólogos á quienes él habría dejado devorarse mutuamente. Esta indiferencia hizo, como Vorreiter observa atinadamente, que Hutten no cobrara antipatía decidida á Lutero, antes bien le mirara con interés cuando de la disputa frailesca salió una contienda grave entre Alemania y Roma. En esta disposicion, Hutten, durante la campaña de Wurtemberg (6) en el año 1519, entró en relaciones con el caballero Francisco de Sickingen, tipo de los nobles bandoleros despotas é ingobernables de Alemania. Desde aquel instante sus ideas de independencia y de licencia nobiliarias recibieron una forma mas precisa que antes. En Lutero había encontrado el pueblo alemán á su porta-voz y jefe intelectual; y Sickingen pareció á la sazón destinado á ser en la gran revolucion que se preparaba jefe político y militar. Hutten trabajó para acercar á Sickingen á Lutero; dedicó todas sus fuerzas á librar á Alemania del yugo romano, y la tempestad que empezaba á rugir le hizo renunciar á un proyecto de matrimonio (7) y de vida tranquila. En adelante fué su lema: *Facta est alea*.

Sickingen, por consejo de su nuevo amigo, escarmentó, aunque pasajeraamente, á los frailes dominicos de Colonia, y en enero y febrero de 1520 ofreció á Lutero su proteccion y un asilo donde podia burlarse de todos sus enemigos. El mensajero encargado de esta oferta fué Hutten, cuya edicion

(3) Se olvida al autor decir que el arzobispo estaba interiormente indignado contra la corte pontificia por su codicia y sus extorsiones, por lo cual vió con fruicion las saetas envenenadas que su servidor Hutten disparaba contra Roma. (N. del T.)

(4) *De donatione Constantini quid veri habeat*. La edicion mas moderna de las obras de Lorenzo della Valla es la de Vahlen, del año 1869, Viena. (N. del T.)

(5) A donde acompañó á su amo el elector arzobispo de Maguncia. (N. del T.)

(6) Contra el duque Ulrico, el tirano y asesino de su primo Juan de Hutten. (N. del T.)

(7) El destructor del proyecto fué la incurable sífilis, que le hizo padecer á temporadas terriblemente. (N. del T.)